

en relación con el “Estado” y a “la sociedad”-. Esto quiere decir que, en las codificaciones actuales de las ciencias sociales y la historiografía, todos los capítulos son perfectamente descifrables, tienen sentido, aportan.

Marco Palacios  
*El Colegio de México*

PAUL GILLINGHAM, *Unrevolutionary Mexico: The Birth of a Strange Dictatorship*, New Haven, Yale University Press, 2021, 464 pp. ISBN 978-030-025-312-2

“Como México no hay dos”, dice Paul Gillingham al iniciar su ambicioso análisis de la formación del Estado mexicano a mediados del siglo xx, provocadoramente intitolado *Unrevolutionary Mexico* (literalmente, *México poco revolucionario*). Aquella frase patrioterica es una forma sorprendente de abrir un texto cuando de un historiador se trata, pero resulta adecuada, ya que el autor nos recuerda que el excepcionalismo del PRI –el partido que evitó que la Revolución cayera en una dictadura militar como las que se vieron en toda América Latina– es irrefutable. No obstante, lo nuevo en el presente estudio es una argumentación convincente acerca de lo que permitió la transición de un régimen socialmente radical encabezado por el Ejército a una “dictablanda” conservadora liderada por civiles: a saber, un periodo de diez años de construcción del Estado, entre 1945 y 1955, en el que muchos factores convergieron, algunos de ellos fortuitos, la mayoría alimentados por los pragmatistas implacables del partido gobernante. Entre dichos factores se cuenta la muerte por causas naturales o por enfrentamientos de algunos poderosos caciques y la cooptación o asesinato de otros; el apaciguamiento de generales que dos décadas antes habrían encabezado rebeliones; la simulación de elecciones locales en las cuales los disidentes podían ser devueltos al redil o, en ocasiones, salir victoriosos por concesión; la subyugación de sindicatos con la ayuda de líderes “charros” que se hicieron ricos; la capacitación de las fuerzas policíacas; la búsqueda de un modelo de desarrollo caracterizado por el

capitalismo de cuates; y una política cultural dirigida por el Estado que alentaba a los mexicanos de diversos lugares, razas y clases a adoptar una identidad nacional despolitizada.

La originalidad de la obra también recae en un enfoque que no es de arriba abajo o de abajo hacia arriba, sino “de las orillas hacia adentro”. La táctica analítica de Gillingham consiste en descentrar al régimen comenzando su análisis por los estados de Guerrero y Veracruz. Los dos estados –aunque muy dispares en sus niveles de urbanización, industrialización, riqueza económica, transición de gobernantes militares a gobernantes civiles, e influencia política nacional (Veracruz estaba mucho más adelantado en todos los rubros)– tenían lo suficiente en común en 1945 como para hacer factible una extrapolación a la totalidad de México: una geografía diversa, la presencia dominante de figuras autoritarias con feudos regionales, una falta de caminos para facilitar la cohesión interna, violencia rural crónica y, ese año, la elección en ambos estados de “gobernantes inéditamente tecnócratas” (p. 8). De ahí que los primeros cuatro capítulos del libro estén dedicados a los antecedentes históricos desde 1880 y, después, a la experiencia de cada estado entre 1945 y 1955. Los cinco capítulos que siguen se ocupan de las elecciones, la violencia, el desarrollo, la cultura y el Ejército; en éstos, los datos van más allá de Guerrero y Veracruz, para abarcar otros estados y el nivel federal. El efecto general de este original esquema es el de una argumentación cuidadosa y un creciente convencimiento.

Ciertamente, el autor comienza con parsimonia. Los primeros dos capítulos –compuestos con un meticuloso nivel de investigación que distingue todo el volumen– son demasiado largos. Abundan los detalles, algunos de ellos de relevancia cuestionable, como las sutilezas locales de la agricultura porfiriana. Las tendencias generales a veces son difíciles de retener porque se clasifican puntillosamente. Uno espera que un buen historiador matice un hallazgo general, y que en ocasiones matice los matices (“ahora bien, ...”), pero Gillingham hace esto último con tanta frecuencia, llegando incluso a matizar algunos matices de sus matices, que el lector puede terminar algunas secciones sin lograr distinguir la madera de los árboles, las enredaderas y los arbustos. Tal compromiso con la especificidad se encauza más eficazmente en los siguientes capítulos, aunque la densidad de la descripción permanece. Todo esto, aunado a una tendencia a usar términos como

“desamortización” y “consejo municipal” sin explicación, hacen que el libro se incline hacia el especialista. Dicho lo cual, no se trata de una lectura ardua porque la prosa brilla con observaciones incisivas y giros creativos: la mayoría de los guerrerenses en 1940 todavía “estaban viviendo en un remoto archipiélago de asentamientos rurales aislados” (p. 17); “Veracruz poseía varios de los números ganadores en la lotería contemporánea de las materias primas, como el azúcar, el café, el tabaco...” (p. 44).

El ritmo remonta en los capítulos 3 y 4, en los que conocemos a los caciques que hicieron de Guerrero y Veracruz un auténtico desafío para el gobierno federal en términos de pacificación y unificación en el marco de sus proyectos de desarrollo capitalista y control corporativista posteriores a 1940. También conocemos a los competentes gobernadores que supervisaron esos proyectos en el nivel local, a saber, Baltasar Leyva Mancilla, en Guerrero, y Adolfo Ruiz Cortines en Veracruz. (El sucesor de Leyva, el secuaz alemán Alejandro Gómez Maganda, fue una excepción por su incompetencia: “un diletante”, “muy entusiasta del alcohol y el sexo”, e incluso “un mal escritor”; p. 98). Gracias al ejercicio de una considerable autonomía, tal como argumenta Rogelio Hernández Rodríguez refiriéndose a los gobernantes de mediados de siglo en general,<sup>1</sup> Leyva y Ruiz Cortines extinguieron rebeliones puntuales y suprimieron o compraron a los caudillos y agraristas; amañaron las elecciones municipales y cedieron a la negociación con los consejos municipales donde fue necesario; cultivaron aliados entre la clase empresarial; incrementaron el botín de recaudación fiscal y, por lo tanto, el presupuesto del estado; y lograron avances sustanciales en política pública, educación y obra pública. Parte de su éxito radicó en que gozaron del apoyo de la ciudad de México; otra parte radicó en cultivar las conexiones, incluida, como en el caso de Leyva Mancilla con Alemán, la facilitación de proyectos de capitalismo de cuates (los bienes raíces y el turismo en Acapulco). A decir verdad, la utilidad política de la corrupción es un hilo analítico convincente a lo largo del volumen.

---

<sup>1</sup> Rogelio HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, “Strongmen and State Weakness”, en P. GILLINGHAM y B. T. SMITH (eds.), *Dictablanda: Politics, Work, and Culture in Mexico, 1938-1968*, Durham, Duke University, 2014.

Por supuesto, vale la pena cuestionar la representatividad de este enfoque biestatal. Tanto Veracruz como Guerrero se ubican más o menos en el sur del país y tienen poblaciones relativamente altas de indígenas y campesinos (el norte de México recibe poca atención incluso en los capítulos subsiguientes). Probablemente Veracruz gozó de una cantidad inusual de dádivas federales mientras sus hijos favoritos, Alemán y Ruiz Cortines, ocuparon la presidencia (aunque no se nos muestra cuántas, lo cual constituye una de las escasas lagunas del libro). Para 1955, se había controlado a los caudillos locales en Guerrero y Veracruz, pero las dinastías gubernamentales semiautónomas persistían en otros lugares, como en Puebla, donde puede decirse que el cacicazgo avilacamachista perduró hasta 1973, y en el Estado de México, con su longevo Grupo Atlacomulco. Aun así, la segunda mitad del libro consolida el argumento de que estos dos estados fueron, en verdad, ampliamente representativos de las tendencias nacionales y de los desafíos particulares al estatus nacional que el gobierno federal y los regionales enfrentaron con éxito.

El capítulo 5, “Elecciones, fraude y democracia”, es uno de los más destacables. En él, Gillingham argumenta que el “nihilismo electoral” (p. 135), tanto entre los observadores contemporáneos como entre los historiadores de hoy, fracasa en su intento de dar cuenta de la importancia del voto local, pese a la escasez de victorias del PAN y otros partidos, inducida por el fraude. Las elecciones municipales a menudo eran muy reñidas y, por ende, útiles para que los gobernadores calibraran la profundidad de las preocupaciones locales e identificaran a qué líderes y a qué sección del electorado necesitaban apaciguar, ya fuera mediante un vigoroso regateo poselectoral, con canonjías, asientos en un consejo municipal, o ganancias materiales. En la década de 1940, este estilo de gestión electoral se facilitó con la organización de las elecciones primarias del PRI; estas campañas, disputadas más entre grupos de interés (campesinos, trabajadores, rancheros, élites) que entre alianzas ideológicas, “ocupaban generalmente tres cuartas partes del periodo electoral, y la asistencia solía eclipsar la de las [elecciones] constitucionales posteriores” (p. 137). Este capítulo presta particular atención a la movilización popular, ilustrando cómo podría afectar y cómo de hecho afectó los resultados. A decir verdad, la intensidad misma de la

democracia de base convenció a los líderes del PRI de abolir las elecciones primarias en 1950, un cambio facilitado por mayores niveles de control sobre los notarios –cuyas firmas se requerían para que las asambleas políticas se consideraran válidas– y sobre la prensa. La explicación podría ser más clara, pero se puede inferir que la cooptación de los jefes sindicales, los líderes campesinos y los caudillos facilitó aún más que el PRI pudiera prescindir de esas elecciones.

El capítulo 6 estudia cómo ocurrió que la tasa de homicidio en México, extraordinariamente alta, comenzó a estar bajo control para finales de la década de 1940. Aquí, la poca representatividad de Guerrero y Veracruz, “el segundo y tercer estados más violentos en el México de mediados de siglo” (p. 175), en realidad favorece el análisis, pues lo que funcionó ahí lógicamente funcionó en todos lados. La respuesta supuso una combinación de desmilitarización, policías mejor financiadas, eliminación de los caciques más brutales, y un poder judicial más eficiente. En el capítulo 7, la discusión acerca del “desarrollo” se ocupa de la infraestructura pública, la industria privada y la centralidad de la corrupción para ambas. Gillingham trata con astucia el tema de la corrupción, por un lado, como una “fuente clave de estabilidad [política], sobre todo en las relaciones civiles-militares” (p. 205), y, por el otro, como un obstáculo para el crecimiento económico y un motor de la desigualdad. Como señala el autor, el milagro mexicano “no fue del todo milagroso una vez que se contrasta con el *boom* poblacional de México o se hacen comparativas globales” (p. 209); el PIB *per capita* se estancó, y México no tuvo un mejor *ranking* global en 1973 del que tenía en 1950.

El capítulo 8 se enfoca en el proyecto cultural del Estado, y muestra cómo se urdió una “narrativa nacional vaga”, difundida por los medios de comunicación, para alentar la “unidad, la disciplina y la mexicanidad” (p. 222). El marco es correcto, pero el análisis deja ver dos problemas. En primer lugar, exagera la importancia de la década favorita del autor, 1945-1955, dado que los años posteriores a 1928 ya habían sido testigos de un florecimiento de los medios de comunicación y de los mensajes conservadores que portaban. Se contaban entre ellos *La Prensa* y otros tabloides, XEW Radio, las comedias rancheras como *Allá en el Rancho Grande* y lo que Emilio García Riera describió

como el culmen de la Época de Oro del cine mexicano (1941-1954),<sup>2</sup> En segundo lugar, como suele ocurrir en la producción académica anglosajona, la resistencia popular al nacionalismo cupular recibe mucho más atención que la disposición popular a absorberlo (aquí señalo el curioso caso de las conclusiones de un capítulo que entran en conflicto con la tesis del libro).

El capítulo final, “Por qué México no se convirtió en una dictadura militar”, es otro capítulo destacable y funciona lo mismo como un ensayo independiente que como un compendio de gran parte de los ocho capítulos que lo preceden. En él, se revisan las tendencias de largo plazo, como la reducción postrevolucionaria del Ejército, su exclusión de la política federal, y los usos represivos a los que fue destinado durante las décadas de 1940 y 1950. También se reconoce que la desmilitarización fue “tanto parcial como, en parte, un asunto de relaciones públicas” (p. 247), como ha demostrado Thomas Rath.<sup>3</sup> Luego, se proporciona una taxonomía de las diversas maneras en que se mantuvo alineados a los generales –permitiéndoles monetizar sus cargos– y ejemplifica la estrategia con el general Alejandro Mange, quien logró mantener el mando de la zona militar de Veracruz de 1937 a 1959. El capítulo termina con un recuento excepcional del cuasi golpe militar contra Alemán después de la desastrosa devaluación del peso en 1948 –la última vez que el gobierno federal se vio tan amenazado– y el aplacamiento de las tensiones por medio de una combinación de sobornos, mensajes populistas para las masas, y la voz tranquilizadora de Lázaro Cárdenas, quien conservaba aún gran ascendencia sobre el Ejército. México se ciñó al gobierno civil, pero el Ejército continuó siendo poderoso, y sus generales, acaudalados.

En suma, Gillingham expone un argumento convincente no sólo de por qué México no cayó en una dictadura militar, sino también acerca de lo que hizo al PRI tan perdurable como partido gobernante semiautoritario. El dominio que Gillingham demuestra en su escritura es impresionante, y le permite abreviar diestramente de un vasto abanico de fuentes y archivos en Washington y Londres, así como a

<sup>2</sup> Emilio GARCÍA RIERA, *Breve historia del cine mexicano, primer siglo, 1897-1997*, Zapopan, Jal., Instituto Mexicano de Cinematografía, Ediciones Mapas, 1998, p. 120.

<sup>3</sup> Thomas RATH, *Myths of Demilitarization in Postrevolutionary Mexico, 1920-1960*, Chapel Hill, University of North Carolina, 2013.

lo largo y ancho de México, corroborados en cien páginas de notas finales. Con una ingeniosa portada que muestra *El brindis* (1957) de Rufino Tamayo, y una variada selección de fotografías, así como mapas y gráficos informativos, *Unrevolutionary Mexico* tiene un envoltorio tan espléndido como su rigurosa construcción. Podría hallarse cómodamente en un estante junto a obras destacadas escritas por las autoridades que –como se puede colegir por el texto, las notas y la bibliografía– lo inspiraron en conjunto: Hernández Rodríguez, Alan Knight, Wil Pansters y Pablo Piccato.

Andrew Paxman

*Centro de Investigación y Docencia Económicas*

Traducción de Adriana Santoveña

IRINA CÓRDOBA RAMÍREZ, *Desarrollo agrícola y acuerdos políticos en el norte de México. Los centros de contratación del Programa Bracero, 1947-1964*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2023, 194 pp. ISBN 978-607-308-462-8

El Programa Bracero representa la política bilateral de migración laboral temporal más longeva en la historia de la migración entre México y Estados Unidos. No deja de sorprender que relativamente poco se sepa sobre el funcionamiento de los centros de contratación que funcionaron, no todos de manera simultánea o constante, durante los 22 años de vigencia de los acuerdos bilaterales de reclutamiento de mano de obra agrícola mexicana. Con este libro, Irina Córdoba Ramírez abre el camino para esclarecer la dinámica de la gestión del programa en relación con los intereses económicos y políticos locales, estatales y federales afectados por la contratación de los braceros. Ofrece un análisis detallado del entramado político que marcó el ritmo de la operación de los centros de contratación del norte de México, en particular los de Mexicali (Baja California), Empalme (Sonora), Monterrey (Nuevo León) y Chihuahua (Chihuahua). Las conclusiones presentadas en este libro, basadas en una investigación rigurosa